

—No es eso cruel? No es muy injusto?.....

¡Ay, mi madre se muere!!

Afuera, estalla y resplandece el estío triunfante. Y sin embargo... ¡qué triste está el sol! Todos esos perfumes, ¡cuán penosamente comprimen mi garganta! Adentro, en la noche, sueños tormentosos que se alternan con prolongados insomnios y siempre, á toda hora, lágrimas; mares de lágrimas!

Una noche despierto de repente diciéndome:

—Se va á morir muy pronto..... ¡No volveré á verla..... ¡No tendré ya á nadie en el mundo!

Este pensamiento me tortura de tal modo, que salto de mi cama y sin hacer ruido, busco en medio de la obscuridad el lecho de mamá; rozando el cobertor, encuentro al fin su mano, que la oprimó, la pego á mis labios y luego la estrecho fuertemente contra mi corazón.

Mamá Tanita, sin decir palabra, rodea con sus brazos mi cuerpo entelerido. Mis lábios buscan su cara que la hallan bañada en lágrimas; lágrimas que se confunden con las mías. Ella sigue algún tiempo abrazándome con mayor pasión, y acaba por decir con voz ahogada:

—Muchachita mía, mi Grelet, ...vete á dormir.

Murió mi abuela la tarde del 20 de Septiembre.

Yo estaba sola. La Srita Bourdil, única persona de quién yo hubiera podido esperar algún auxilio, se hallaba en vacaciones y la escuela, cerrada.

Dos ancianas contemporáneas de mamá, á las cuales había visto algunas veces en casa, vinieron á impartirle los últimos cuidados y pasaron la noche conmigo cerca del cadáver.

Tomaban café para disipar el sueño y me exhortaban á que me acostara. Yo había meneado la cabeza sin responder, instalándome junto al lecho de la muerta.

Durante las primeras horas de la noche, las dos ancianas rezaron en voz baja el rosario. A poco las voces se extinguieron: ambas dormían.

Yo continué velando á mamá grande. Aquella lúgubre noche, entre el cadáver y las dos ancianas dormidas, sentí por vez primera el frío beso de la que iba á ser la compañera de mi vida: la Soledad.

IV

No conservo memoria de los días que siguieron al fallecimiento de mamá grande. En la trama sombría de mis recuerdos de esa época, existe un gran vacío.

La Srita Bourdil, que regresó el día mismo del sepelio, me llevó á dormir á su casa. Yo no pude conciliar el sueño en aquella cama extraña para mí y lloré mucho... acabé por llorar maquinalmente, pues todo pensamiento se había apagado en mi rendido cerebro.

Se me habló de un «Consejo de familia» pero no llegué á penetrar el sentido de semejantes palabras, puesto que no me quedaba pariente alguno. Una sola idea me preocupaba: ¿No estaré al cargo de nadie?

La institutriz calmó mi zozobra. La pequeña herencia del tío Cristóbal era suficiente para sostenerme hasta la mayor edad.

El 30 de septiembre la excelente Srita. Bourdil me condujo al Liceo de C..... donde debía yo permanecer durante diez años.

¿Hablaré de la tristeza, del frío mortal de los pri-

meros días, las primeras semanas, los primeros meses? Hoy todavía, después de transecurridos tantos años, al evocar el recuerdo de aquellos negros días, paréceme que coloco mi dedo en una llaga mal cerrada, ardorosa aún.

Se vé primero el gabinete de la directora, una pieza vasta que á mi se me antoja suntuosa; vergüenza me da pisar allí, con mis burdos zapatos, el brillante entarimado.

La Srita. Bourdil me presenta á la Sra. Directora definiéndome en pocas palabras:

—Muchachita juiciosa ..buena alumna. de corazón demasiado sensible, siempre anegada en llanto.

La Sra. Directora corresponde con una vaga sonrisa de cortesía; parece preocupada y estar muy de prisa.

Luego, corredores, y más corredores que no acaban.

—Marcela, Magdalena, vengan Uds. á ayudar á la nueva pensionista á deshacer su maleta. Le toca el número 11.

Marcela y Magdalena son unas bonitas muchachas de mi edad: capotas negras, cuello blanco y cabellos sedosos y ondulantes. Han acudido presurosas con la sonrisa en los labios.

Después, el gran vestidor. Ahí están la alacena y la percha número 11.

—Vamos, la llave de la maleta!

La maleta está abierta y las dos niñas revuelven el exíguo contenido.

—¿Qué es esto?—dice una.

—Son mis pañuelos, pardiez!—contesto.

—Magdalena, tiene pañuelos de color. ¿Toma Ud, rapé, chica?

—¿Y esta tela burda tan rasposa Pero...¿que será?

—Dejen Uds., todo lo desdoblan; son mis camisas.

—Eso, camisas! Marcela, oye, querida, si á mí que tengo la piel tan fina, me fuera preciso llevar esa ropa tan grosera, ya me habrían salido ampollas.

Ah! Pero basta!... Mi sangre afluye con violencia del corazón al cerebro. He cerrado la maleta ¡zas! de golpe y he gritado con voz atronadora!

— Pueden Uds. largarse. Demasiado les he oído, á las dos.

Mi entonación fué tan perentoria, que las dos pécoras tomaron de prisa la puerta calculando bien que la niña que usa telas tan toscas sin llenarse de ampollas, sería capaz de defenderse á puñetazos.

Persígolas hasta el rellano de la escalera y apoyándome sobre el pasamano, grito á la Magdalena que se escapa:

—Oigame, es una lástima que Ud. no sea fina más que de la piel.

En la sala de estudio.—Encuentro todas las cabezas inclinadas sobre los cuadernos. Pero en un segundo, cuarenta pares de ojos, curiosas primero y luego burlescos, se han clavado sobre mí.

La celadora me ha hecho sentar al extremo de una mesa. No tengo libro ni cuaderno, y me absorbo en la contemplación del tintero de plomo que se halla delante.

Al rededor, todos aquellos ojos de niñas —ojos crueles—están haciendo el inventario de mi humilde persona, desde mis cabellos rubios cenicientos, muy bien restirados por medio de una trenza que parece sogá, hasta mis zapatos de becerrillo reforzados con clavos de cabeza redonda.

He oído, por supuesto, las mofas y las reflexiones consiguientes, aunque hechas á *sotto voce*.

Me siento mal, con un calor horrible; coloco

los codos sobre la mesa, apoyando mi frente en las dos manos y, quisiera llorar! Pero no; aquí nó! Procuremos retener toda esa agua que quiere brotar; ya correrá más tarde, esta noche, por ejemplo, en la cama número 11, cuando se apaguen las lámparas.

No se dice aquí «la clase;» se dice «los cursos.» Tampoco se dice «la Señorita» se dice «las prof.» Me alarimo, temo que todo haya cambiado y que me sea preciso aprender nuevas reglas de participio.

Hay cosas que, deveras, no entiendo absolutamente. La Señora Rau, la profesora de Aritmética sienta problemas tan escabrosos que de ellos no he podido interpretar ni el sentido ni el alcance. La Sra. Rau, cubre el pizarrón de letras cabalísticas P P' Q Q'. Comprenden esto las otras alumnas?... Yo, nada; nada absolutamente. Por fortuna, aquello termina siempre por «c. q. f. d.» ¡letras salvadoras, porque en cuanto las veo, empiezo á respirar con libertad!

Hay en el Liceo una persona cuya presencia me hiela: la Señorita Esther Barnel, hermana de la directora. Parece jóven y es bella; bella como las estatuas de mármol que he visto en el museo de la ciudad. ¿Como es que puede ser tan severa? Nunca sonríe y siempre nos habla de la conciencia.

Mi vecina de la sala de estudio me ha referido que en otro tiempo la Señorita Esther era todavía más hermosa y que seguido sonreía; pero que habiendo tenido el verano pasado una enfermedad terrible, pasó algunos meses fuera, muy lejos, por allá, á orillas del Mediterráneo.

—Ha vuelto curada—agrega la condiscípula; solamente que ahora tiene cien años.

La Srta. Barnel nos enseña música é inglés. Durante uno y otro ejercicio, creo hallarme en la antesala del purgatorio. No conozco las notas ni pue-

do comprender porque esos signos, todos iguales, llevan nombres diferentes. El inglés no es menos cargante, no he conseguido aún pronunciar «the» y de todo lo ha deducido, al cabo, la Srta. Esther, que me falta conciencia y que, en el fondo, soy inmoral.

Oh! Pero si ella supiera los esfuerzos que hago, tan grandes! Por las noches, casi no duermo: de tal modo se encuentra mi pobre espíritu en tensión.

¡Bueno fuera eso de dormir en aquel dormitorio glacial á tiempo que el viento helado de la noche está zumbando por allí en el exterior! Pero según veo, no ha de ser muy moral dormirse una así no-más, sencillamente, cuando no ha sabido hacer su versión, puesto que mis ojos permanecen abiertos, bien abiertos

Hace ya muchísimo rato que no se oye ningún movimiento en los lechos cercanos. Yo repito quedo, muy quedo, con positiva saña:

—«*Have you a cat*»—«*No, I have a pan.*»

Y pensativa me pregunto si los ingleses no tendrán entre sí más que pláticas tan incoherentes.

Además, tampoco se ya conjugar *to be*; ¡y lo había estudiado con tanto fervor!

Descoyuntada, al fin, dejo de cuchichear. Entre todas aquellas dormilonas, experimento una punzante sensación de soledad, pensando entonces en el pasado, en mi querida madre Tanita.

Ah! El ser que me amó, descansa allá, bajo la nieve. ¡Nunca jamás, aquellos ojos estropeados por las lágrimas, volverán á posarse con amor en los míos! ¡Nunca más aquellos brazos, tan cariñosos, volverán á arrullarme, ni nadie me dirá ya «mi Grelet!»

Tras de un invierno que parecía no terminar, lu-

ce al fin la primavera. Sobre el ruinoso techo de la lavandería florecen ricos copos de lilas amarillentas; á su vez, detrás de la sala de dibujo, el fragante cítilo; en fin, todas las plantas se conmueven y renacen y en los árboles revientan las yemas esponjosas de los vástagos.

Esa primavera despierta en mí la nostalgia y la tristeza que el trabajo había adormecido un poco; y vuelvo, como alma en pena, á errar por los desiertos rincones.

No he llegado á tener, desde mi entrada al Liceo, contacto con las otras alumnas. Después de las burlas de los primeros días, algunas de aquellas, un tanto novelescas, atraídas por mi luto, mi palidez y mi endeble físico, habían juzgado conveniente manifestarme cierto interés compasivo, poco discreto por cierto. Yo acogí semejante compasión peor aún de lo que había recibido las bromas; y las liceistas tuvieron que dejar en el aislamiento á esta feroz «bolsista» que no admitiendo ser ridiculizada ni ser compadecida, muestra fácilmente las uñas.

Un día, á principios de abril, la existencia llega á hacerme singularmente cruel. Mis conocimientos han resultado insuficientes, y en la lección de solfeo no he sabido distinguir la gama mayor de la menor, por más que esta última me ha hecho recordar los sonecitos antiguos y melancólicos que cantaba mamá grande. Cuando fuí interrogada, fracasé lastimosamente. La Srita. Esther se encogió de hombros y con sus ojos negros hubiera querido pulverizarme.

Cae menuda lluvia y el aire se halla saturado del aroma de las frescas hierbas. Hemos salido del rectorio, donde he pasado un fatídico cuarto de hora frente á la tortilla de huevo que no apetezco.

¡Qué bueno sería huir hasta el fondo del jardín, donde hay almendros en flor!

Pero no se puede, por que la directora ha dicho:

—Esta noche se quedará todo el mundo en la sala de recreación.

Yo detesto esa gran sala donde á las demás pensionistas les place tanto bailar al compás de un armónico chillón.

Apenas hemos entrado, se forman las parejas y sin pérdida de tiempo se abre el armónico que comienza á berrear los walses de Metra. Forzoso es entonces tragar el polvo más y más denso y soportar el roce de todas aquellas faldas revoloteadoras.

No puedo aguantar más, no bailo. Que me dejen, pues, aspirar el aire embalsamado de la noche y contemplar las estrellas!

Me escabullo y voy á sentarme en un banquito que conozco, al pié del sicomoro. Respiro allí satisfecha entre las agradables emanaciones de las húmedas plantas, siento algo fresco sobre mi frente, me encuentro bien y cierro los ojos para disfrutar mejor de aquellos instantes.....

A poco, de algún foso surge una vocecilla: es la melopea tristísima del sapo. Escucho esa música y la entiendo mejor que los walses de Metra que están mascullando por allí, porque sola está expresando toda la desolación de mi sombría existencia en la cual no ha brillado nunca un rayo de luz.....

El sapo canta siempre y yo siempre lloro saboreando el amargo deleite de mis lágrimas... ¿Por qué ese manantial inagotable en el fondo de mi ser?.....

Suenan pasos en la menuda arena. Alguien viene: he reconocido el modo de andar discreto y la elegante falda oscura de la Srita. Barnel. Estoy perdida!

La obscuridad es casi completa: pero la mirada vivaz de la Señorita ha penetrado en las tinieblas.

—Qué hace Ud. aquí, niña?—dice aproximándose.

—¿Porqué llora Ud.?

—Está Ud. oyendo que le hablo. Responda!

Pero yo no respondo. Tomo la posición que es peculiar de las colegialas sorprendidas en alguna falta: oculto el rostro con el brazo en forma de escuadra. La Señorita no ve más que mi codo puntiagudo, y en vez de regañarme, ¡oh sorpresa! se sienta en el banco cerca de mí, me aparta con suavidad los brazos y dice:

—Hija mía, Ud. sufre, está enferma. Dígame su pena, acaso pueda yo curarla.

Quédome algunos instantes muda, estupefacta. Todas mis ideas respecto de la Srita. Esther, han cambiado enteramente. Miro aquellos hermosos ojos, dulcificados por una ternura desconocida; nadie me había mirado así, desde que perdí á mamá Tanita. ¡Ah, bien podré fiar mi corazón con todas sus tristezas, en esas lindas manos compasivas!

Hablo en tal ocasión; hablo y digo todo: mi niñez inquieta y desolada, la incomparable ternura de mamá Tanita; mi vida, ahora tan desierta, el frío despiadado que vengo sufriendo dentro del Liceo; los desdenes, los escarnios de mis compañeras; y todo porque soy pobre y visto mal; la necesidad, al fin, la necesidad inmensa que siento de las caricias de que me veo privada para siempre!

Todo lo he dicho y mi desesperación se condensa en este grito:

—¡Estoy sola, sola, enteramente sola!

La Srita. Esther guarda silencio algunos momentos. Sus hermosos ojos, miran á lo lejos, por encima de mi cabeza; luego, con voz lenta, suave, dice fijándose siempre en el mismo punto del espacio:

—Sola.... ¡Pobre niña! Cada quien está, frecuentemente, solo en esta vida. Ud. se queja de que nadie la ama, cuando hay en la tierra muchos seres que viven sin amor y no obstante, viven.

Por el tono con que ha hablado, infiero, desde luego, que se encuentra como yo, sola en este mundo porque nadie la ama y á nadie ama ella tampoco. Su hermana, ó la ve siempre con indiferencia ó afectá no verla. Deseos me vienen de echarle los brazos al cuello y decirle:

—¿Quiere Ud. que la ame yo, que siento tanta necesidad de amar?

Pero me intimida mucho y mis efusiones se conservan latentes

—Ud.—continúa ella—se lamenta de no ser feliz; pero ya es tiempo de que sepa que no es la felicidad el objeto de la vida. Tenga muy presente que no se vive para ser dichoso; sino para trabajar, para luchar, para sembrar algo bello en las sendas dolorosas de la existencia. No es la dicha la que debe envidiar, es la fuerza. ¡La fuerza! Es decir, el poder tan raro de ser el dueño de su alma y de su corazón y de sus nervios; el poder de saber oponer á las decepciones, á las contrariedades y á las injusticias todas, un frío silencio y una calma imperturbable. Muchos dolores se evitará Ud. aprendiendo á no sufrir por las personas y por las cosas, más de lo que en sí merezcan. Ahora, si á pesar de ese criterio, su alma demasiado sensible se impresiona y se quebranta un día, enséñese á devorar sus lágrimas con semblante impenetrable á la malevolencia y á la estulticia que la rodearán á Ud.

siempre. El llanto es una cobardía, los lamentos lo son también. Sea cual fuere el tormento de su corazón, manifieste serenidad, María... ¡serenidad, sobre todo! La compasión de los demás, es humillante, es falaz; hay, pues, que huir de ella. Y aunque debiera Ud., en el porvenir que le espera, conocer el horror de todos los martirios, sepa mantenerse á un tiempo firme y altiva: así encontrará Ud. en el orgullo, goces que bien valen la satisfacción tan fácil cuanto descuidada de algunos dichosos!

No sé si la Srita. Esther habla para mí, ó si olvidándose de mi presencia, ha dado libre curso á sus pensamientos; pero sé que el fulgor de sus ojos negros me atrae, para querer con toda mi alma comprenderla é imitarla.

Ella prosigue tras de una pausa, sin abandonar la idea que la domina:

—La felicidad... ¿Cual es y qué valor tiene? Quien en ella se engolfra, adormece su alma aletargada y ahita...; Cuanto más interesante es la lucha; la lucha brava y sostenida que provoca actitudes dignas y rasgos heroicos! No habrá eternamente más que dos categorías de hombres: los fuertes que van por el camino llano, siempre solos, desdeñando todo apoyo; y atrás, muy lejos de éstos, el rebaño de los débiles que huella miserablemente el trillado suelo. Hay que estar entre los primeros, hija mía. El cuerpo de Ud. es raquítico y frágil y sola se halla, sin afectos y sin goces. Pues bien: aprenda desde hoy; más tarde le será muy necesario, á acallar las voces de su corazón, á buscar en el trabajo y en el estudio, goces austeros que la indemnizarán de los demás. Sea Ud. un espíritu, sea una fuerza y así verá con desden á quienes la injurien; así tendráles, á su vez, lástima, sin aceptar jamás de nadie esa forma adulecida del desprecio!

Tentada me ví, desde las primeras palabras de la Srita. Esther, de echarle los brazos al cuello cediendo á ese afán de caricias que há tiempo me persigue; pero es el caso que en cuanto ella se retirara, mis deseos también desaparecen.

Aquella mujer de perfil helénico y de ojos de fuego, sabría sin duda, inspirar oídos profundos. A su voz, mi corazón, próximo á estallar, se reconforta, y toda expansión de dolor huye como avergonzada.

Aquella noche, muy tarde, sin cerrar los ojos y calenturienta, me revolvía en la cama repitiéndome las palabras de la Srita. Esther. No dudó que desde esa noche soy una neófita ardiente de las doctrinas estoicas... Mas ¡qué digo! Si las ideas de esa mujer despertaron en mi alma tantos ecos, ¿no es una prueba de que ya existían dentro de mí misma, aunque en estado embrionario? De los juicios ó los sentimientos de los demás, ningunos nos interesan más seriamente que aquellos que creemos alientan en nosotros mismos ó que nos revelan un rincón del alma, antes ignorado.... La mía, de jovencita débil y sentimental, estóica al fin, debatíase entre elementos contrarios.

A punto ya de conciliar el sueño, un pensamiento me hace dar otra media vuelta en mi colchón de cerda que cruje.

El domingo, en el sermón, el Sr. Cura combatió duramente el orgullo presentándolo como un vicio execrable. Y he ahí á la Srita. Esther que me lo recomienda como la base de toda mi vida moral.

¿Quién de los dos tiene razón?

Yo creo que la Srita. Esther.

El orgullo será, acaso, reprochable entre los poderosos á quienes el amor debiera inclinar hacia

los humildes; pero para los pobres, los desheredados, para los seres á los cuales la ingrata vida les ha negado todo, el orgullo es el cordial soberano que da á los más timoratos la fuerza de realizar grandes cosas.

Yo creo que una mujer tiene más ardor y mayor poder y resistencia que el hombre cuando alguna idea elevada ha germinado en su alma, ó cuando la emulación de producir algo bueno y digno de imitarse, la atrae. Y mejor todavía que una mujer, ciertos niños silenciosos y graves, son capaces de perseguir con encarnizamiento una idea fija ó una ilusión secreta. Yo era de esas niñas concentradas en sus pasiones. Habiendo sufrido tanto tiempo á causa de mi inferioridad material, una nueva esperanza me exaltaba: elevar mi espíritu por encima de cuanto hasta entonces me había deprimido y humillado; conocer un día el placer incomparable, único, de la superioridad y del dominio!

Me consagro al trabajo con verdadero frenesí. Mientras más somnolencia me acomete durante los larguísimos estudios nocturnos, más y más gratos son mis delirios á la hora en que el rojo astro del día se hunde tras las viñas de la ladera. Trabajo, continúo trabajando y los días resultan breves.

A fines del mes de mayo, he escalado, de un salto, una docena de lugares.

—Está bien,—ha dicho la directora.

No, no está bien. Era la décimasexta de la clase; ahora soy la tercera, y no es bastante. Al terminar junio, soy la primera. La directora me felicita sonriendo y la Srta. que no sonríe jamás, ha tenido un movimiento de cabeza y dirijidome una

mirada. Durante cinco minutos me siento vivir con intensidad. Bien hubiera querido hacer ostensible mi regocijo riendo ó saltando; pero no, porque tanto en el goce como en el pesar, — serenidad! —díjeme. Debo creer que la señorita Esther me quiere, porque su mirada se detiene en mí mayor tiempo que en las demás alumnas y porque cada vez que pronuncian mi nombre, se fija bien. Esas son, por otra parte, sus únicas manifestaciones de simpatía, á pesar de ser más exigente conmigo que con cualquiera otra.

Una noche, cuando la recreación va á terminar, me dice:

—María, cierre Ud. las ventanas de la sala de estudio.

Yo me apresuro á obedecer, pero como una de las ventanas se resiste, no puedo ajustarla debidamente. La Srta. Esther, que ha notado mis esfuerzos, quiere cerrarla ella misma; pero al hacerlo, le queda un dedo prensado entre las dos hojas de la puerta. No exhala un quejido, pero palidece horriblemente; al verlo yo, mis lágrimas brotan y con un movimiento irreflexivo, tomo su mano y la llevo á mis labios. Ella me rechaza con suma acritud, diciéndome:

—No me agradan esas maneras.

Otro día, me sorprende tras de mi pupitre aspirando con delicia un puñado de rosas que me arrebatara bruscamente tirándolas á lo lejos y lanzándome una mirada de cólera para reprochar mi sensualidad.

Otra ocasión que se ocupaba de curar un divieso en la pierna de una de las pensionistas, me llama para que le ayude. Como la vista de aquéllo me causa una fortísima impresión, me demudo, y al fin desfallezco. Entonces me agobia con su desprecio,

sus ojos severos me hacen expiar caro mi nerviosidad.

En fin, si sufro, si dejo escapar una queja ó me apiado más ó menos de la pena de alguna de mis compañeras, no se me deja de recordar el precepto: «Hay que ser muy severo para consigo mismo y algo para con los demás.»

A veces, mirando el bien modelado busto de la señorita Esther, me pregunto asombrada si algo latirá allí dentro. Un corazón de hierro ha de ser, ó más bien, un diamante refulgente y frío; y tan duro, que ninguna punta podrá jamás perforarlo. Débese admirar á esa mujer que, segura estoy, ha conocido el sufrimiento y que, sin protestar, se ha cristalizado en su orgullo.

Ese trabajo de cristalización ¿se operará en mí algún día?

VI

Llegó el asueto de Pentecostés. El domingo, todas las liceístas han estado saliendo con sus padres ó encargados; sólo yo me quedo vagando en las salas desiertas. La señorita Esther se acerca y me dice:

—María, vístase usted, la llevaré por ahí.

Media hora después, entrábamos juntas en la Catedral, á tiempo que daban la segunda llamada á vísperas.

Me agrada la atmósfera de las iglesias y lo que hay en ellas que me inspira profundo respeto y enternecimiento, no es Dios, porque no lo veo; es esa gran convulsión de almas que palpita bajo las bóvedas; son los lloros, las quejas, las esperanzas, las adoraciones que de todos los que se humillan suben hasta el Ser Supremo.

Como á esa catedral que desde hace centenares

de años eleva hacia el cielo sus esbeltas columnatas y lanceoladas ojivas, tantas y tantas almas han acudido á depositar los mas caros secretos, su recinto tiene que ser, entre todos, santo y sagrado para mí!

Luego también, ese encanto especial que difunde la pompa del culto católico: la media luz misteriosa que tamizan las vidrieras de las claraboyas; los sollozos de los órganos repercutiendo bajo las empinadas bóvedas; el perfume del incienso mezclándose con el de los lirios y azucenas: sensaciones voluptuosas todas estas que la turban á una y la dejan lánguida el resto del día en que ha asistido á un oficio.

El día de Pentecostés, las vísperas son muy hermosas en la Catedral. La maestra de capilla, una de las primeras de Francia, interpreta con primor las páginas más sublimes de Sebastián Bach y de Palestrina. Oh, impresión musical primera, inolvidable, que me desgarrá y enajena á la vez, dejándome por fin palpitante y quebrantada! La armonía que brota á raudales de aquellos cilindros, es cual agua fresca y deliciosa en que mi alma se baña. Los cantos litúrgicos van modulándose paulatinamente: queja inmensa, punzante, que sube, se dilata, zurca la alta nave y espira en un sollozo; grito vibrante de esperanza eterna, suspiro de amor cuya dulzura funde los corazones.

Después, todo ha callado: el último acorde se pierde en las alturas. En el fulgurante altar, los cirios van apagándose uno á uno y los fieles se alejan entre el ruido de las sillas que remueven á su paso.

Yo, apenas si tengo conciencia de todo ello, porque inerte estoy, como anestesiada, con el corazón oprimido, las manos frías y el rostro bañado en lágrimas.

La señorita Esther me toca en el hombro, y la

sigo sin despertar todavía de mi éxtasis, pues doy un traspies en las gradas de la escalinata, yendo á tropezar contra el primer árbol que por ahí se encuentra. Ella me mira:

—Qué tiene usted, María, parece loca!

—Nada tengo—dije con esfuerzo.—Trataba de oír aún esa música.

—¡Qué hermosa!... ¿Verdad?

—Hermosísima. sí, aunque haga sufrir. Yo, señorita, daría cuanto puedo esperar en esta vida y aún más, por tener, siquiera durante una hora, la facultad de hacer buena música. ¡Qué dichosa debe ser usted, puesto que sabe!

—Dichosa!—repitió ella con acento singular—y repuso: Ya que tanto desea usted conocer la música, voy á enseñársela; y solamente la prevengo que será conveniente que se acostumbre á comprenderla con la cabeza, pero no á sentirla con los nervios. Suba usted á mi cuarto todas las noches á la hora de la recreación y trataremos de hacer algo.

Al día siguiente del de Pentecostés, puse, por primera vez, mis manos sobre un teclado, siendo este acontecimiento uno de los muy importantes de mi vida.

Las vacaciones de agosto llegaron y yo ví, con ingente desconsuelo, á todas las compañeras emprender el vuelo hácia sus casas donde las aguardaban tantos mimos maternos y tantas caricias; pero supe reprimirme para decir complaciente á cada una:

—Hasta la vista! Felices vacaciones!

Cuando el gran cancel de hierro dejó oír su arpegio para la última que partía, fuí á sentarme enteramente sola en un rincón del patio, donde la arena caldeaba á los rayos del sol; más para no pensar, para no llorar, para no darme por completo á la pena, cogí prontamente un libro que me puse á

leer en voz alta y con las manos sobre los oídos, á fin de ahogar los gritos de mi desolado corazón.

—Los versos de Corneille son muy hermosos. Yo seguía con los oídos bien cerrados levantando más y más la voz, cuando me sacudieron por un brazo. Era la señorita Esther que dibujaba una sonrisa y me decía con suave acento:

—María ¿quiere usted pasar las vacaciones conmigo? Trabajaremos mucho y procuraremos no fastidiarnos.

¡Curioso descanso fué el mío en aquellos dos meses de vacaciones! Trabajaba diez horas al día, no jugaba ni salía nunca. La implacable mística se olvidaba totalmente de que yo tuviese un cuerpo que cuidar.

Habíamos quedado en el Liceo solas con dos criadas; la directora pasaba sus vacaciones en viaje y en las aguas. La señorita Esther, que no se ausentó más que dos días, volvió con semblante demacrado y una palidez como de muerta; pero como se dedicó de nuevo al trabajo sin chistar, yo no me atreví á preguntarle por su salud.

Tocaba á su término el mes de septiembre y había yo, hecho progresos sorprendentes en música, devorado libros demasiado trascendentales para mi edad, y meditado despacio en la divisa de mi grande amiga: «Cultiva en tí la fuerza.»

Cuando la directora regresó de Evian, dió un tibio beso á su hermana, me examinó á través de su monoclo y volvió la espalda.

VII.

Prodújose un hecho, capital para mí, al entrar el mes de octubre de 1889: fuí nombrada «alumna bibliotecaria»

La biblioteca era una sala de tamaño común:

los cuatro muros, cubiertos con estantes que se hallaban provistos de libros desde el entarimado hasta el techo. De un lado, la literatura francesa de los siglos XV, XVI, XVII y XVIII, y al frente, la del XIX. Por el lado más corto, donde se hallaba la ventana, figuraban los autores antiguos y extranjeros más ilustres. En el otro lado, corto también, donde se encontraba la puerta, las obras científicas y filosóficas. El centro de la pieza lo ocupaba una larga mesa rodeada de sillas.

Las alumnas no tenían entrada libre á la biblioteca. Una llave se depositaba en el economato: de allí debían tomarla los profesores cuando necesitaran algún libro. Todos los domingos, la Señora Flinger, nuestra profesora de Francés, nos distribuía á cada una un libro elegido por ella, pero la mayor parte de las alumnas devolvían el volumen prestado sin haberlo leído. Una segunda llave era confiada á la alumna bibliotecaria que tenía por misión hacer la guerra al polvo, cuidar de que cada volumen se encontrase siempre en su sitio y volver á pegar, al dorso de cada libro, la etiqueta con el número correspondiente.

¡Oh, querida biblioteca del Liceo! Tu eres el lugar del mundo que yo he amado más, porque es en tí donde he vivido la vida mas intensa y he sido verdaderamente feliz! Tan luego como comprendí cuál era el tesoro que habían depositado entre mis manos, no tuve otro pensamiento que venir á encerrarme allí, en ese asilo delicioso de silencio y de paz, en medio de aquel olor sin igual de papel viejo y de encuadernaciones antiguas, más agradable para mí que los perfumes de toda la Arabia.

Encontré desde luego la manera de pasar allí las horas de recreo. Estábamos siempre bajo la vigilancia de una celadora la cual se inquietaba princi-

palmente por las niñas ruidosas é indisciplinadas; y como yo no era sospechosa, ni pensaban en mí ni me buscaban; más no bastándome aquellas horas, me escapaba de un modo subrepticio de las de estudio también. Pedía permiso para ir á cualquier parte y ya no volvía. Puse en planta un sistema atrevido y hasta peligroso, al empezar el verano: abandonaba el lecho desde las tres de la mañana con mil precauciones, tiraba del cerrojo del dormitorio, bajaba de puntillas; y cuando á las seis, para despertar, sonaba la campana, ya hacía tres horas que yo leía.

¿Cómo pude soportar este régimen de vida? Yo creo que los temperamentos endebles como el mío, tienen mayor resistencia que los otros. Agregaré también, para ser verídica, que no presentaba un semblante envidiable ni mucho menos; pero mi espíritu se deleitaba de tal modo, que ni sentía el cuerpo mezquino, casi inexistente.

¡Ah, las horas luminosas que en aquella apartada estancia regeneraron mi ser! ¡Cuántas mañanas ví la aurora lanzando sus primeros rayos de rosa sobre el libro que entonces abstrajera mi mente! ¡Cuántas noches cálidas, ví flotar, como entre pulverizaciones de oro, las aladas estrofas de los poetas! ¡Qué instantes pasé también los días sombríos del invierno, encogida cerca de la chimenea cuyo aire tibio calentaba mis rodillas y agitaba las hojas de mi libro!

Todos los años de liceo, mi vida estuvo allí y en el cuarto de la señorita Esther, donde el piano me atraía tan irresistiblemente como los libros; y cuando mi imaginación se remonta á aquel pasado encantador, voy designando cada año con el nombre de un escritor y el de un compositor cuya influencia fuese predominante en mi espíritu. 1890, es el año de Víctor Hugo, de Shakespeare y del Romanticis-

mo, y el de las sonatas de Clementi. 1891, pertenece á Michelet, á Renan y á Mozart. Más tarde vendrá el período de Taine y de Beethoven, el de Nietzsche, de Berlioz, y de Wagner.

No bien hube empezado aquella existencia de ratón de biblioteca, una sorprendente transformación se operó en mí: conocí el goce, probé esa sensación particular y embriagadora de la dilatación de todo mi ser. Durante algunos años, fui completamente feliz.

Pensativa y silenciosa, me observaba la señorita Esther con profunda atención. Evidente es que yo le interesaba á aquella mística, enemiga irreconciliable de la pesada materia, ya que la materia se había reducido en mí á su casi mínima expresión, en tanto que mi espíritu se espaciaba en ardientes deseos de vitalidad.

Pocos puntos de contacto tenía con las alumnas á quienes no veía sino muy poco y de lejos. Hacía mucho tiempo ya que no pensaban en reírse de mí: sólo al mencionarme, decían con lenguaje aprendido de sus hermanos:

— «María Hoël... Una especie de salvaje, pero positivamente capaz!»

Yo nunca había visto á mi tutor: él no se ocupaba de mí más que para enviarme, á solicitud de la directora, las pequeñas cantidades de dinero necesarias á mi conservación.

Pasaba generalmente mis vacaciones con la Señorita Bourdil, á quien quería más y más, pues ahora sólo veía como genialidades, muy de ella, sus furros y arrebatos; era sencillamente, una naturaleza vigorosa, rica de sangre, que experimentaba la necesidad de gastar en ruido y movimiento la demasía de su fuerza. Debajo de aquella corteza ruda y viril, se descubría una inteligencia clara y serena, maravillosamente equilibrada.

Durante los días que habitaba yo en su casa, hacía esfuerzos meritorios, sacrificándole mi pasión por el estudio y por la música; y procurando serle útil, zurcía sus medias, vigilaba su cocina y arrancaba las plantas dañadas del jardincito.

Cuando volvía cerca de la señorita Esther, al pleno olvido de la vida real, saturándome de lecturas y alimentándome de música é ilusiones, hacíamos, aunque con rareza, en los bellos días de septiembre, algún paseo. Mi amiga se llevaba un libro y pasábamos las horas sentadas sobre el césped: ella, leyendo en alta voz; yo, con las manos hundidas entre la blanda hierba.

No olvido una de aquellas tardes esplendorosas, en que, á orillas de un estanque de verdes aguas, ella leía los poemas de Vigny. Yo creo que nunca los versos incomparables de «Moisés» y de «La Muerte del Lobo» han sido más bien expresados, ni nunca el autor de «Destinées» me pareció, en medio de su altanero pesimismo, más grande ni mejor interpretado que por la voz cadenciosa de aquella mujer, cuyo perfil se destacaba soberbio en el límpido fondo de la mansa corriente.

Al año siguiente, durante el mes de agosto, después del exámen en que obtuve mi diploma, me leía ella misma, comentándolas, las máximas de Epicteto, á la sombra y entre el olor de resina del bosquecillo de los abetos.

Entretanto, cumplía mis diez y seis años, no quedando al parecer, nada en mí de la niñita de corazón blando; de la que alarmada y sensible, lloraba á toda hora, justificando esta frase de la imperturbable Señorita Bourdil:

— ¡Ahí tenéis á otra Biblis convertida en fuente! Y en verdad, bien pudiera creerse que ya nada restara de todo aquel pasado.

Mi espíritu se había transformado de un modo

notable en cuatro años, por más que mi cuerpo enteco no adquiriera todavía ningún desarrollo.

Las pensionistas de mi edad descubrían ya, á través de la escotadura de los trajes de verano, sus blancas carnes de mujer; combaban ya, bajo el ajustado corpiño, un seno incipiente cuyas curvas las envanecía. Nada, por supuesto, había en mí de todo eso ni ¿qué me importaba? De miembros flacos y descarnados, de faz enjuta y amarillenta bajo mis cabellos opacos, á la vez que mal animada por mis ojos velados como un cielo de otoño, yo era fea y creíame mucho más de lo que era en realidad; pero sin preocuparme por ello tampoco.

Los domingos, al volver de misa, las «grandes» reunidas en misteriosos coloquios, comentaban los acontecimientos sensacionales que habían tenido lugar en el trayecto del liceo á la iglesia.

—Oye, Cecilia ¿viste al dependiente del señor Chollet aguardando la salida de Margarita? Seguro que por ella se engalanó con la corbata de fresa machacada.

—Mi Genovevita, no hay que ruborizarse tanto cuando pasemos por la peluquería: vas á volver tonto á un señor que ya lo está bastante.

—Digan, muchachas ¿quienes no han notado unos ojos negros clavados en Isabel, tras la vidriera de cierta Farmacia?

—No! No!—protesta suavemente Isabel—no es á mí á quien miraba.

—¿Cáspita! Era de seguro á María Hoël que iba contigo.

Esta ironía la ha soltado en mi presencia la aturdida que, al darse cuenta de su «pifia» procura remediarla: pero yo la interrumpo con una gracejada cualquiera que poco me cuesta, oh!... muy poco.

¡Hállanse, al cabo, tan lejos de mí, los aprendi-

ces de farmacia, los barberillos de cabeza empomada y los jóvenes «calicots» de corbatas vistosas! Dejemos, pues, todo eso para las jovencitas que no saben de la vida ni del amor, para las que no han leído «Las Noches» ni el «Intermezzo» de Enrique Heine. Pero yo, que he sentido palpar dentro de mi pecho el corazón de Julieta, de Berenice, de Doña Sol, las amantes inmortales; yo, que cada noche trasmuto al «Pleyel» de la señorita Esther el alma de Margarita, de Elsa ó de Isolda... ¡bah!

VIII.

Tenía diez y seis años y tiempo era ya de que pensara en ganarme el pan.—De acuerdo con los consejos de la directora y de la señorita Esther, aspiraba á ser admitida en la Escuela Normal de Instructoras. Sabía que allá, como aquí, tendría profesores, libros, un piano, y nada más apetecía. No era dudoso mi éxito en el concurso puesto que poseía una cultura y una madurez de espíritu muy superiores á las de las demás concurrentes; pero surgió un obstáculo que no había previsto: quedé excluida del exámen médico, á causa de mi aspecto enfermizo y sobre todo, sin duda, de mi raquitismo. Media hora fué la que pasé de verdadera tortura, en tanto que los médicos que me habían hecho desvestir, me examinaban moviendo tristemente la cabeza y mirándome con ojos de conmiseración.

Silenciosa, volví á sentarme con mis compañeras en el locutorio donde esperábamos el resultado final. Todas aquellas jóvenes platicaban á un tiempo entre risas mal disimuladas. Yo me estiraba para guardar una actitud digna. ¡Serenidad siempre! Y pensaba con desesperación en que me habían repudiado como un objeto inútil, como un pobre desecho, como un mísero despojo de la huma-

nidad. Ah! ¿Por qué no echan ya á la «Céada» á los niños que nacen lisiados ó deformes? ¿No sería ésto una caridad bien entendida?... Nunca había sentido más honda amargura; hubiera querido estar sola para llorar con todo mi corazón, para dar rienda suelta á mi desesperación, á mi rabia impotente!

—De mí—hizo notar una rubia muy guapa—ha dicho el viejo doctor que tengo unos dientes magníficos. ¿Y á usted, señorita, qué le han dicho los galenos?

Respondí pacientemente, sin dejar de hacer en el piso de madera figuras geométricas con la punta de mi sombrilla:

—No quieren que concurra, parece que no estoy suficientemente rolliza. ¿Pretenderán esos señores, hércules de feria!

—Qué lástima!—exclamó una de las alumnas de la ciudad.—Decían que usted, por su... mucha capacidad, debería dejar admirados á los examinadores!

—Tranquílcese usted—repliqué, tratando de sonreír—me considero con la suficiente, á Dios gracias, para seguirme ganando la vida sin la Escuela Normal. El perjuicio no es muy grande.

Una hora después estaba de vuelta en el Liceo y sonreía aparentando indiferencia.

¡Palma destrozada!!

La directora, probablemente á instancias de su hermana, hizo gestiones á fin de que yo continuara en el Liceo en calidad de vigilanta del internado. Era una triste ocupación (y una ocupación triste); pero la acepté.

Allí permanecí hasta los veintidós años, agena á todo contacto con la vida real. Pasaba así mi juventud y no tenía la conciencia de ser jóven: iba á secarme en aquel encierro, como esas flores que

tina suele encontrar descoloridas y sin aroma ya, entre las hojas de de un viejo libro.

Jamás hubiera pensado en partir; pero una mañana, la señorita Esther vino á buscarme á la biblioteca y me dijo:

—María, usted no puede pasar toda su vida aquí, desempeñando funciones tan poco gratas como indignas de su inteligencia. Hay que pensar en crearse una situación más independiente y más conforme con sus aptitudes. Preséntase una ocasión que usted no debe desaprovechar. Una señora de edad, profesora de música en N.... se dispone á retirarse del trabajo; tiene allí numerosas discípulas y una posición relativamente desahogada. Acaba de escribir, pidiendo una persona de talento para reemplazarla, y yo la he informado que se halla á la mano una jóven que responde á las condiciones requeridas. Va usted, pues, á partir. mi buena María, ya es tiempo de que vuele usted con sus propias alas.

Enmudezco, toda aturrullada. La sola idea de separarme de la señorita Esther me está causando en la mitad del corazón un mal tan agudo, que temo hasta incurrir en las mayores flaquezas; y acabo por articular con tembloroso acento:

—¡Oh, señorita, no ver más á usted; usted, lo único que yo amo en el mundo!.....

Un gran destello de ternura ilumina aquellos ojos negros.

—Yo también, María, la amo á usted; y la amo infinitamente más de lo que se pueda suponer; por eso deseo para usted otra vida. Obedézcame aún esta vez y parta.

—Al menos, prométame Ud. que irá á verme muy pronto.

La señorita se ha demudado visiblemente.

—¡No— dice con voz entera—no iré jamás á N.; jamás!

Yo la observo asustada. ¿Qué ocurre, Dios mío? ¿Por qué ese tono y ese semblante?.....

Pero quizás no ha sido más que una alucinación de mis sentidos. (¡estoy tan trastornada!) porque ella prosigue tranquila, sonriente:

—Bien sabe Ud., María, hasta qué punto tengo horror por los viajes y cómo me fatigan. Por eso no iré á verla; pero Ud. sí vendrá por acá con frecuencia. Además, yo la escribiré mucho. ¡Vamos, está decidido... eh?

El primero de septiembre de 1898, dejé para siempre aquel querido Liceo donde había pasado mis mejores años.

Y tenía ya veintidós aunque mi cara y mi persona toda revelaran, apenas, unos diez y siete. Había leído muchos libros; pero ignoraba todo aquello de la vida en la cual iba á dar sola los primeros pasos.

IX.

Desde á raíz de mi llegada á N. no tengo que evocar ya recuerdos. Me bastará con hojear mis cuadernos, pues desde esta época he adoptado la costumbre, pueril si se quiere, de ir anotando, casi día por día, los pequeños acontecimientos de mi vida...Y ¿para qué? Tal vez para luchar en lo que fuere posible, contra esa sensación angustiosa del tiempo que se nos va, de esa irremediable y forzosa carrera hácia la muerte. En algunos de los hechos que de paso he consignado, hay algo de mi vida que escapará, probablemente, al total olvido.

Me contentaré, pues, por ahora, con entresacar de cuando en cuando algunas hojas de este diario íntimo.

N.....septiembre 10—10 p. m.

Tengo los miembros muy lasos y siento, debajo de las cejas, esa punzada que precede á las fuertes jaquecas. ¡Pero qué más dá! Acabo de abrir mi gran cuaderno, destinado á recibir las impresiones de mi nueva existencia y no quiero pasar en silencio este primer día.

Vine provista de la dirección de la Srta. Jaupy, una solterona cuya casa habitó mi antecesora los últimos años, y que ha consentido alojarme en iguales condiciones.

El tren penetra en la estación de N. á las dos de la tarde. Hace un sol espléndido. ¡Tanto mejor, porque como traigo el corazón muy adolorido por haber dejado á la señorita Esther y el siempre grato Liceo, necesito mucho esa caricia del cielo!

Adentro, cinco minutos rodando á lo largo de un avenida plantada de hermosos tilos, que me gustó; luego, el ómnibus que da vuelta: calle de Juan Jacobo Rousseau y he llegado.

Una casita limpia con las persianas bajas. Al campanillazo que doy, responde el ruido de unas pantuflas que se arrastran sobre las losas. Una mujer trigüeña (más que yo) y barbuda como un rey asirio me introduce por un pasillo triste y algo húmedo.

—La señorita está en el salón—advierte.

Han empujado una puerta y me encuentro en presencia de la Señorita Jaupy. Cuarenta y cinco años aproximadamente, baja de estatura, muy gruesa, subida de color, ojos zarcos, cabellos oscuros y muy escasos, formando dos ondas aplanadas sobre una frente demasiado corta. Detrás de la cabeza, una penca ó moño de color de caoba que imita medianamente el de los cabellos naturales.

La Señorita Jaupy sonríe, habla levantando la